Oscar Wilde

# El fantasma de Canterville

Traducción de César Aira

MATEO
GARONI
6º U

Estrada

Azulejos

Oscar Wilde

# El fantasma de Canterville

UNA NOVELA HILO-IDEALISTA

ILUSTRACIONES:
FEDERICO COMBI

Azulejos

Estrada

# 1

Cuando el señor Hiram B. Otis, el pastor[1] norteamericano, compró Canterville Chase[2], nadie dejó de decirle que estaba cometiendo una tontería, en tanto no había duda de que todo ese edificio estaba encantado. De hecho, el mismo lord Canterville, hombre del honor más puntilloso, había sentido que era su deber mencionarle el hecho al señor Otis, cuando discutieron los términos de la venta.

—A nosotros nos ha resultado penoso vivir en la casa —dijo lord Canterville— dado que mi tía abuela, la duquesa viuda de Bolton, tuvo un ataque paralizante, del que en realidad no se repuso nunca, por el susto que le produjeron dos manos de esqueleto que se apoyaron sobre sus hombros cuando se estaba vistiendo para la cena; y me siento obligado a decirle, señor Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros vivos de mi familia, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augustus Dampier, que es miembro

---

1 Ministro de la iglesia protestante.

2 La palabra inglesa *chase* designa, entre otras cosas, una reserva natural abierta. También significa "acecho", "cacería"

del King´s College de la Universidad de Cambridge. Después del lamentable accidente de la duquesa, ninguno de los criados más jóvenes ha aceptado seguir trabajando para nosotros, y la señora Canterville ha pasado noches de muy poco sueño, a consecuencia de los ruidos misteriosos que vienen del salón y la biblioteca.

—Milord —respondió el pastor—, mandaré incluir al fantasma junto al mobiliario en la valuación. Vengo de un país moderno, donde tenemos todo lo que el dinero puede comprar; y con tantos de nuestros emprendedores jóvenes explorando el Viejo Mundo, y llevándonos como nos llevamos a todas sus mejores actrices y cantantes, debo decir que si existiera de verdad un fantasma en Europa, lo tendríamos en nuestro país en muy poco tiempo y en uno de nuestros museos públicos, o haciendo giras.

—Me temo que el fantasma existe —dijo lord Canterville, sonriendo—, aunque puede haber resistido a las ofertas de sus productores de espectáculos. Ha sido observado de modo fehaciente durante tres siglos, desde 1584 para ser precisos, y siempre hace su aparición antes de la muerte de un miembro de nuestra familia.

—Bueno, lo mismo hace el médico de la familia, lord Canterville. Pero debo decirle, señor, que no existen los fantasmas, y me temo que las leyes de la



Naturaleza no se suspenderán porque así lo quiera la aristocracia británica.

—Evidentemente ustedes son muy apegados a lo natural allá en América —respondió lord Canterville, que no entendió del todo la última observación del señor Otis—, y si no le molesta tener un fantasma en la casa, está bien. Solo debe recordar que se lo advertí.

Pocas semanas después de esta conversación, la transacción se realizó, y hacia el cierre de la temporada el pastor y su familia se mudaron a Canterville Chase. La señora Otis, que como señorita Lucretia R. Tappan, de la Calle 53 Oeste, había sido una celebrada belleza de Nueva York, ahora era una muy apuesta matrona, con espléndidos ojos y una soberbia silueta. Muchas damas norteamericanas al abandonar su tierra natal adoptan una apariencia de mala salud crónica, bajo la impresión de que es una forma del refinamiento europeo, pero la señora Otis nunca había caído en este error Tenía una magnífica constitución, y una vitalidad realmente admirable. De hecho, en muchos sentidos era muy inglesa y era un excelente ejemplo del hecho de que en realidad lo tenemos todo en común con los Estados Unidos hoy en día, excepto, por supuesto, el idioma[3]. Su hijo mayor, bautizado Washington por sus

3 Ironía que alude a las diferencias que existen entre el inglés británico y el inglés estadounidense.

Como Canterville Chase está a siete millas de Ascot[6], la estación ferroviaria más cercana, el señor Otis había telegrafiado para que un coche liviano fuera a esperarlos, y subieron a él con espíritu muy feliz. Era una hermosa tarde de julio, y el aire estaba cargado con el delicado aroma de los pinos. De vez en cuando oían una paloma arbórea quejándose con su voz dulce, o veían, en lo profundo del helecho susurrante, el pecho bruñido del faisán. Pequeñas ardillas los espiaban desde las hayas cuando pasaban, y los conejos se escabullían a través del sotobosque hacia las lomas cubiertas de hierba, con las colas blancas al aire. Pero cuando entraron a la avenida de Canterville Chase el cielo se cubrió de pronto de nubes, un extraño silencio pareció inmovilizar el aire, una gran bandada de cuervos pasó en silencio sobre sus cabezas y, antes de que llegaran a la casa, habían caído unas grandes gotas de lluvia.

En la escalinata los recibió una mujer anciana, prolijamente vestida en seda negra, con cofia y delantal blancos. Se trataba de la señora Umney, el ama de llaves, a la que la señora Otis, por expreso pedido de la señora Canterville, había consentido en conservar en su puesto. Les hizo una reverencia a cada miembro de

6 Localidad de Inglaterra, cercana a Windsor (Berkshire), en donde se encuentra el hipódromo favorito de la realeza inglesa.



la familia a medida que bajaban del carruaje, y dijo con extraño acento anticuado:

—Os doy la bienvenida a Canterville Chase.

Siguiéndola, atravesaron el espléndido salón Tudor[7] y entraron a la biblioteca, un cuarto largo y de techo bajo, recubierto en roble oscuro, al extremo del cual había una gran ventana de vidrios de color Aquí encontraron servido el té, y después de quitarse los abrigos se sentaron y empezaron a mirar alrededor, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la señora Otis vio una mancha rojo opaco en el piso justo delante de la chimenea y, en la ignorancia de su significado, le dijo a la señora Umney:

—Me temo que algo se ha volcado ahí.

—Sí, señora —replicó la vieja ama de llaves en voz baja—, en ese sitio se ha vertido sangre.

—Qué horrible —exclamó la señora Otis—. No me gustan las manchas de sangre en una sala de estar Habrá que limpiarla de inmediato.

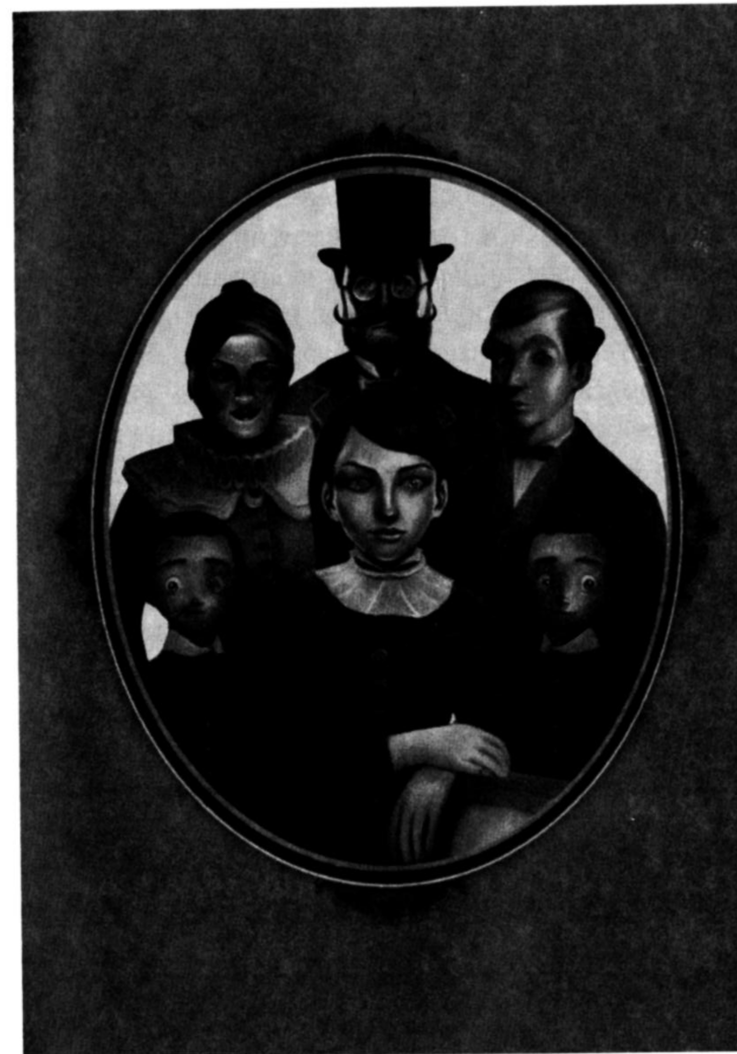
La vieja sonrió, y respondió con la misma voz baja y misteriosa:

7 La familia Tudor reinó en Inglaterra entre 1485 y 1603. Por extensión, se aplica este nombre al estilo arquitectónico que estuvo de moda en ese periodo: en la construcción de casas, se caracterizaba por la estructura alargada y baja, alrededor de un patio central; ventanas gemelas, largas galerías y abundancia de tallas en el interior.

padres en un momento de patriotismo[4], que él nunca había dejado de lamentar, era un joven rubio, más bien apuesto, que había hecho méritos para la diplomacia llevando alemanes al casino de Newport durante tres temporadas sucesivas, y hasta en Londres era conocido como excelente bailarín. Sus únicas debilidades eran las gardenias y los aristócratas. Por lo demás era en extremo sensato. La señorita Virginia E. Otis era una niña de quince años, esbelta y encantadora como una cervatilla, y con una hermosa luz de libertad en sus grandes ojos azules. Montaba a caballo admirablemente y una vez le había corrido una carrera al viejo lord Bilton en su poni, dos vueltas al parque, ganando por un cuerpo y medio, justo frente a la estatua de Aquiles, para inmenso placer del joven duque de Cheshire, que le propuso matrimonio en el acto, y fue enviado de regreso a Eton por sus guardianes esa misma noche, en medio de torrentes de lágrimas. Después de Virginia venían los mellizos, a los que se llamaba habitualmente "Estrellas y Rayas"[5] ya que siempre estaban susurrando. Eran chicos deliciosos y, junto con el digno pastor, los únicos auténticos republicanos de la familia.

4 George Washington (1732-1799) fue el primer presidente de los Estados Unidos.
5 *The Stars and Stripes* ("estrellas y rayas") es el nombre que se le suele dar a la bandera de los Estados Unidos. La oración alude al susurro de la tela de la bandera cuando flamea.





—Es la sangre de la señora Eleanore de Canterville, que fue asesinada en ese preciso lugar por su propio marido, Sir Simon de Canterville, en 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años, y desapareció de pronto bajo circunstancias muy misteriosas: su cuerpo nunca fue descubierto, pero su espíritu culpable habita esta casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y otros visitantes, y no puede ser eliminada.

—Eso es absurdo —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas Pinkerton Campeón y el detergente Paragon la limpiarán en un instante.

Y antes de que la aterrorizada ama de llaves pudiera interferir, el joven se había puesto de rodillas y estaba rasqueteando rápidamente el piso con una pequeña barra de lo que parecía un cosmético negro. En unos instantes no quedaban rastros de la mancha de sangre.

—Sabía que con Pinkerton se podía —exclamó triunfante, mirando a su familia que lo admiraba; pero no bien lo hubo dicho un terrible relámpago iluminó el cuarto penumbroso, un trueno temible los hizo saltar de sus asientos, y la señora Umney tuvo un desvanecimiento.

—¡Qué clima monstruoso! —dijo el Pastor norteamericano con calma, encendiendo un largo cigarro—. Supongo que este viejo país está tan superpoblado que no tienen clima decente para todo el mundo. Siempre he opinado que la emigración es lo único que le queda a Inglaterra.



Mi querido Hiram —exclamó la señora Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desvanece?

Descuéntaselo del sueldo, junto con las cosas que rompa —respondió el Pastor—. Ya verás que no se desvanece más.

Y en unos pocos instantes, efectivamente, la señora Umney se había respuesto. Pero no había dudas de que se sentía en extremo perturbada, y le advirtió al señor Otis severamente que se cuidara de algún problema que pudiera sobrevenirle a la casa.

—He visto cosas con mis propios ojos, señor —dijo—, que le pondrían los pelos de punta a cualquier cristiano, y muchas, muchas noches no he cerrado los ojos por las cosas horrendas que tienen lugar aquí.

A pesar de ello, el señor Otis y su esposa le aseguraron cálidamente que ellos no le tenían miedo a los fantasmas, y después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos patrón y patrona, y de hacer arreglos para un aumento de sueldo, la vieja casera se marchó a paso lento hacia su cuarto.

# 2

La tormenta rugió con fiereza toda esa noche, pero no sucedió nada especialmente notable. A la mañana siguiente, empero, cuando bajaron a desayunar, encontraron esa terrible mancha de sangre otra vez en el piso.

—No creo que sea culpa del detergente Paragon —dijo Washington—, porque lo he probado con todo. Debe de ser el fantasma.

Frotó la mancha por segunda vez, pero la segunda mañana volvió a aparecer La tercera mañana también estaba, pese a que la biblioteca había sido cerrada con llave por la noche por el señor Otis en persona, que se había llevado la llave consigo. Ahora, toda la familia estaba muy interesada; el señor Otis empezó a sospechar que había sido demasiado dogmático en su negación de la existencia de fantasmas, la señora Otis expresó su intención de ingresar en la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una larga carta a los señores Myers y Podmore sobre el tema de la Permanencia de Manchas Sangrientas cuando estaban relacionadas con el crimen. Esa noche todas las dudas sobre la existencia objetiva de seres fantasmales quedó eliminada para siempre.

El día había sido caluroso y húmedo; y en el fresco del atardecer toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron hasta las nueve, momento en que tomaron una cena liviana. La conversación no tocó en absoluto el tema de los fantasmas, así que ni siquiera se dieron esas condiciones básicas de la expectativa receptiva que con tanta frecuencia preceden a la aparición de fenómenos sobrenaturales. Los temas de conversación, como supe después por el señor Otis, fueron solo los habituales entre los norteamericanos cultos de clase acomodada, tales como la inmensa superioridad de la señorita Fanny Davenport sobre Sarah Bernhardt como actriz; la dificultad de conseguir maíz tierno, galletas de trigo sarraceno y maíz machacado aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma del mundo; las ventajas del sistema de despacho de equipaje en el ferrocarril; y la dulzura del acento de Nueva York comparado con el de Londres. No se hizo mención alguna de lo sobrenatural, ni se aludió en modo alguno a Sir Simon de Canterville. A las once la familia se retiró y media hora más tarde las luces estaban apagadas. Un tiempo después, al señor Otis lo despertó un ruido extraño en el pasillo, frente a su cuarto. Sonaba como un choque de metales y parecía acercarse a cada momento. Se levantó de inmediato, encendió una cerilla y miró la hora.



Era la una en punto. Estaba muy tranquilo y se tomó el pulso, que no indicaba la presencia de fiebre. El ruido extraño continuaba, y junto con él pudo oír claramente el sonido de pasos. Se puso las pantuflas, sacó un pequeño frasco alargado de su cómoda, y abrió la puerta. Justo frente a él, en el débil resplandor lunar, vio a un viejo de aspecto terrible. Tenía los ojos rojos como carbones encendidos; sobre los hombros le caía una larga cabellera gris en bucles enredados; sus vestimentas, que eran de corte antiguo, estaban manchadas y desgarradas, y de las muñecas y tobillos le colgaban pesadas esposas y herrumbrados grilletes.

—Mi querido señor —dijo el señor Otis—, realmente debo insistir en que aceite esas cadenas, y con ese propósito le he traído un pequeño frasco del Lubricante Tammany Sol Naciente. La publicidad dice que es completamente eficaz con una sola aplicación y hay varios testimonios en ese sentido en la etiqueta, pronunciados por algunos de nuestros más eminentes ciudadanos. Se lo dejaré aquí junto a las velas del dormitorio y con mucho gusto le proporcionaré más si lo necesita. —Con estas palabras, el pastor de los Estados Unidos depositó el frasco sobre una mesa de mármol y, cerrando la puerta, se retiró a descansar

Por un instante, el fantasma de Canterville quedó inmóvil por la indignación; después, arrojando con

violencia el frasco contra el piso lustrado, huyó por el corredor, emitiendo graznidos huecos y difundiendo a su alrededor una tenebrosa luminosidad verde. Pero en el momento en que llegaba a la gran escalera de roble, se abrió una puerta, aparecieron dos pequeñas figuras vestidas de blanco y una gran almohada pasó rozándole la cabeza. Evidentemente no había tiempo que perder, así que, adoptando de prisa la cuarta dimensión del espacio como medio de escape, se desvaneció a través del enmaderado y la casa volvió al silencio.

Al llegar a una pequeña cámara secreta en el ala izquierda, se recostó contra un rayo de luna para recobrar el aliento, y empezó a tratar de evaluar su posición. Nunca, en una brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, había sido insultado de modo tan grosero. Pensó en la duquesa viuda, a quien le había producido un ataque de terror cuando se hallaba ante el espejo con sus encajes y diamantes; pensó en las cuatro criadas a las que le bastó con sonreírles a través de las cortinas de uno de los cuartos de huéspedes para producirles sendos accesos de histeria; en el rector de la parroquia cuyas velas había soplado cuando salía tarde por la noche de la biblioteca, y que había quedado bajo el cuidado de Sir William Gull desde entonces, perfecto mártir del desorden nervioso; y en la vieja Madame de Tremouille, quien, al despertarse una mañana y ver un esqueleto sentado en un sillón junto a la chimenea leyendo su diario íntimo, había quedado confinada al lecho durante seis semanas con un ataque de fiebre cerebral, y tras su recuperación se había reconciliado con la Iglesia y había roto toda relación con ese notorio escéptico, Monsieur de Voltaire[8]. Recordó la terrible noche en que el malvado lord Canterville fue hallado en su tocador con graves síntomas de asfixia, con la sota de diamantes embutida en la garganta, y confesó, antes de morir, que le había ganado con trampas cincuenta mil libras a Charles James Fox en Crockford por medio de ese mismo naipe, y juró que el fantasma se lo había hecho tragar Le vinieron a la memoria todos sus grandes triunfos, desde el mayordomo que se había pegado un tiro en la despensa porque había visto una mano verde golpeando el vidrio de la ventana hasta la hermosa señora Stutfield, que quedó obligada a usar siempre una cinta de terciopelo negro en el cuello para ocultar la marca de cinco dedos sobre su piel blanca y que se mató arrojándose al estanque de carpas en el extremo del Paseo del Rey. Con el egoísmo entusiasta del verdadero artista recorrió mentalmente

8 Escritor, historiador, filósofo y abogado francés. Nació en París en 1694. Fue una de las principales figuras de la Ilustración (período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad).

sus actuaciones más celebradas, y sonrió amargamente al recordar su última aparición como "Rubén el Rojo o el Bebé Estrangulado", su debut como "Gibeón el Jorobado, vampiro del páramo de Bexley"[9], y el furor que había causado una solitaria noche de verano jugando a los bolos con sus propios huesos en la cancha de tenis. ¡Y después de todo esto, unos malditos norteamericanos modernos venían y le ofrecían el lubricante Sol Naciente y le arrojaban almohadas a la cabeza! Era completamente insoportable. Además, nunca se había tratado de este modo a ningún fantasma de la historia. En consecuencia, decidió vengarse y se quedó hasta el amanecer absorto en sus pensamientos.

9 Estos nombres de piezas teatrales, así como los que aparecen en los capítulos siguientes, son una invención destinada a evocar situaciones truculentas. Seguramente constituyen una alusión al gusto por la literatura gótica, muy difundida en esa época.



Mateo Garoni

# 3

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis se reunió a desayunar, discutieron el tema del fantasma con cierta extensión. El Pastor norteamericano, como es de esperar, se sentía un tanto molesto al encontrar que su regalo no había sido aceptado.

—No tengo ningún deseo —dijo—, de inferir un insulto personal al fantasma y debo decir que, considerando el tiempo que ha pasado en la casa, no creo que sea nada amable arrojarle almohadas. —Una observación muy justa, ante la cual, lamento decirlo, los mellizos estallaron en carcajadas—. Por otro lado —continuó—, si realmente se niega a usar el lubricante Sol Naciente, tendremos que quitarle las cadenas. Sería imposible dormir con semejante ruido en los pasillos.

Pero durante el resto de la semana no tuvieron molestias y lo único que les llamó la atención fue la continua renovación de manchas de sangre en el piso de la biblioteca. Esto por cierto era muy extraño, ya que el señor Otis cerraba con llave la puerta de dicho cuarto todas las noches y les ponía cerrojo a los postigos de las ventanas. El color camaleónico de la mancha

también provocó bastantes comentarios. Algunas mañanas era de un rojo opaco, casi lacre, después era bermellón, después de un violáceo oscuro, y una vez, cuando bajaban para las plegarias familiares, de acuerdo con los ritos simples de la Iglesia Episcopálica Reformada Libre Norteamericana[10], la encontraron de un brillante verde esmeralda. Estos cambios caleidoscópicos naturalmente los divirtieron mucho y todos los días se hacían apuestas sobre el tema. La única que no entró en la broma fue la pequeña Virginia, quien, por algún motivo no explicado, siempre se mostraba bastante apenada al ver la mancha de sangre, y la mañana en que estuvo verde esmeralda casi lloró.

La segunda aparición del fantasma fue un domingo a la noche. Poco después de que se hubieran ido a la cama los alarmó de pronto un tremendo estrépito en la sala. Al bajar precipitadamente las escaleras encontraron que una gran armadura antigua se había desenganchado de su soporte y había caído sobre el piso de piedra; sentado en una silla de respaldo alto estaba el fantasma de Canterville, frotándose las rodillas con una expresión de agudo dolor en el rostro. Los mellizos, que habían traído consigo sus revólveres de juguete, le descargaron de inmediato dos proyectiles

10 Rama del protestantismo en los Estados Unidos.



de corcho, con esa puntería que solo se logra con una larga y asidua práctica sobre un maestro particular; mientras tanto, el pastor norteamericano los cubría con su revólver de verdad y le ordenaba al fantasma, de acuerdo con la etiqueta californiana, que levantara las manos. El fantasma se puso de pie con un salvaje aullido de furia y pasó a través de ellos como una niebla, extinguiendo la vela de Washington Otis al pasar, con lo que los dejó en la total oscuridad. Al llegar a la escalera se repuso y decidió soltar su famosa carcajada demoníaca. Este sonido le había sido muy útil en más de una ocasión. Se decía que había puesto gris la peluca de lord Raker en una sola noche, y a tres de las gobernantas francesas de la señora Canterville las había hecho renunciar antes de estar un mes en la casa. De modo que soltó su más horrenda risa, hasta que los ecos resonaron en el viejo techo abovedado, una y otra vez, pero apenas había vuelto el silencio cuando se abrió una puerta y entró la señora Otis con una bata celeste.

—Me temo que usted no se encuentra nada bien —dijo—, así que le traje un frasco de la tintura del Dr Dobell. Si se trata de indigestión, verá qué excelente remedio es.

El fantasma le lanzó una mirada de furia y empezó a hacer los preparativos necesarios para transformarse

en un gran perro negro, truco por el que era justamente renombrado y al que los médicos de la familia siempre atribuyeron el estado de idiotez permanente en que quedó un tío de lord Canterville, el Honorable Thomas Horton. Pero el sonido de pasos que se acercaban lo hizo vacilar en este maligno propósito, y se contentó con volverse fosforescente y desvanecerse con un grave gemido de cementerio, justo antes de que los mellizos le cayeran encima.

Cuando llegó a su cuarto, se derrumbó y fue presa de la más violenta agitación nerviosa. La vulgaridad de los mellizos y el grosero materialismo de la señora Otis eran de por sí, naturalmente, en extremo irritantes, pero lo que más lo deprimía era que le había sido imposible calzarse la armadura. Había esperado que hasta los modernos norteamericanos se conmovieran al ver la Armadura Fantasma, si no por un motivo sensato, al menos por respeto a su poeta nacional Longfellow[11], cuya elegante y atractiva poesía a él mismo le había ayudado a pasar muchas horas solitarias mientras los Canterville estaban en la ciudad. Además, era su propia armadura. La había usado con éxito en el torneo de Kenilworth y había recibido altas felicitaciones

11 Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). Escritor estadounidense, que estudió en profundidad las grandes obras literarias de Europa y supo reflejar las leyendas del viejo continente con un tono más accesible para los estadounidenses.



de nada menos que la Reina Virgen[12] en persona. Pero ahora, al ponérsela, lo había abrumado el peso de la inmensa pechera y el casco de acero, y había caído pesadamente sobre el piso de piedra, lastimándose las dos rodillas y raspándose los nudillos de la mano derecha.

Durante varios días después de esto se sintió en extremo enfermo y apenas si se movió de su cuarto, salvo para mantener en buen estado la mancha de sangre. No obstante, prodigándose los mayores cuidados, se recuperó y resolvió hacer un tercer intento de aterrorizar al Pastor norteamericano y su familia. Eligió el viernes 17 de agosto para su aparición y pasó la mayor parte de ese día revisando su guardarropa, para decidirse al fin en favor de un gran sombrero blando con una pluma roja, un sudario[13] con chorreras[14] en las muñecas y cuello y una daga herrumbrosa. Hacia la noche se desató una lluvia furiosa y el viento soplaba con tanta fuerza que las ventanas y puertas de la vieja casa se sacudían y tableteaban. De hecho, era el clima que más le gustaba. Su plan de acción era el siguiente. Iría en silencio hasta el cuarto de Washington Otis, le hablaría farfullando desde los pies de la cama y se apuñalaría tres veces en la garganta al ritmo de una música lenta.

12 Isabel I fue reina de Inglaterra e Irlanda desde 1558 hasta su muerte en 1603.
13 Lienzo blanco con el que se envuelve el cuerpo de los difuntos.
14 Encajes.

Le tenía especial antipatía a Washington, por saber que era él quien tenía la costumbre de lavar la famosa mancha de sangre Canterville con su Detergente Paragon de Pinkerton. Una vez que hubiera reducido a ese joven atolondrado y temerario al más abyecto terror, pasaría al cuarto ocupado por el Pastor de los Estados Unidos y su esposa, y apoyaría una mano pegajosa sobre la frente de la señora Otis, mientras susurraba en el trémulo oído de su marido los horrendos secretos del osario. Con respecto a la pequeña Virginia, no se había decidido. Ella nunca lo había insultado en modo alguno, y era bonita y dulce. Unos pocos gemidos desde el armario, pensó, serían más que suficientes o, si eso no lograba despertarla, podía repiquetear en la ventana con dedos retorcidos. En cuanto a los mellizos, estaba completamente decidido a darles una lección. Lo primero, por supuesto, era sentarse sobre sus pechos, de modo de producirles la angustiante sensación de la pesadilla. Después, como sus camas estaban muy cerca una de la otra, pararse entre ambas bajo el aspecto de un cadáver verde y helado, hasta que se paralizaran del miedo, y al fin arrancarse el sudario y arrastrarse por el cuarto, con los huesos blanqueados y un solo ojo en las órbitas, en el personaje de "Daniel el Mudo o el Esqueleto Suicida", papel en el que, en más de una ocasión, había producido un gran efecto y que consideraba a la altura de su famosa personificación de "Martín el Loco o el Misterio Enmascarado"

A las diez y media oyó a la familia irse a la cama. Durante un rato lo molestaron los ataques de risa de los mellizos, quienes, con la fácil alegría de los niños, se estaban divirtiendo antes de acostarse pero a las once y cuarto se había hecho el silencio, y cuando los relojes dieron la medianoche, partió en su misión. El búho golpeó el vidrio de las ventanas, el cuervo graznó desde el viejo tejo y el viento vagaba gimiendo por la casa como un alma en pena; pero la familia Otis dormía inconsciente de su destino, y muy por encima de la lluvia y la tormenta podía oírse el firme ronquido del pastor de los Estados Unidos. Atravesó cautelosamente el enmaderado con una sonrisa malévola en su cruel boca arrugada, y la luna ocultó su cara en una nube mientras él cruzaba la gran ventana con mirador, donde estaba representado en azul y oro el blasón con las armas suyas y de su esposa asesinada. Se deslizó, como una sombra del Mal, y la tiniebla misma parecía odiarlo cuando pasaba. En una ocasión creyó oír a alguien que lo llamaba y se detuvo; pero era solo el ladrido de un perro de la Granja Red y siguió adelante, murmurando extrañas maldiciones del siglo XVI y de vez en cuando blandiendo la daga herrumbrosa en el aire de la medianoche. Al fin llegó a la esquina del pasillo que llevaba

al cuarto del desdichado Washington. Por un momento se detuvo allí, con el viento desordenándole los bucles grises de su cabeza y retorciendo en pliegues grotescos y fantásticos el horror sin nombre del sudario. El reloj dio el cuarto y sintió que había llegado el momento. Con una risita para sí mismo, dio la vuelta a la esquina; pero no bien lo hubo hecho cayó hacia atrás, con un lastimero gemido de terror, y se cubrió el rostro blanco con las largas manos de hueso. Delante de él se alzaba un espectro horrible, inmóvil como una figura esculpida y monstruoso como el sueño de un demente. Tenía la cabeza calva y lustrosa, la cara redonda y gorda y blanca y una horrenda risotada parecía haberle arrugado los rasgos en una mueca permanente. De los ojos brotaban rayos estriados de luz escarlata, la boca era un ancho pozo de fuego y un horrendo vestido, como el suyo, envolvía con su nieve silenciosa la forma de un Titán[15]. Sobre el pecho tenía un cartel con una extraña escritura en caracteres antiguos, algo que parecía una declaración de ignominia, un registro de imperdonables pecados, un terrible calendario del crimen, y con la mano derecha blandía en alto una cimitarra de reluciente acero.

15 En la mitología griega, los titanes eran unos poderosos dioses que poseían un tamaño y una fuerza excepcional.



Al no haber visto nunca antes un fantasma, naturalmente sufrió un tremendo susto, y después de una segunda mirada presurosa al horrible espectro, huyó de regreso a su cuarto, tropezando con su largo sudario por el pasillo; se le cayó la daga herrumbrosa en las botas del pastor, donde el mayordomo la encontró a la mañana siguiente. Una vez en la privacidad de su propio cuarto, se arrojó sobre un estrecho jergón de paja y escondió la cara bajo las sábanas. Al cabo de un rato, empero, el valiente espíritu de los viejos Canterville volvió a asomarse y decidió ir y hablar con el otro fantasma no bien amaneciera. En efecto, apenas el alba estaba dibujando las colinas en plateado, volvió al sitio donde había avistado al espanto, sintiendo que, después de todo, dos fantasmas eran mejor que uno y que, con ayuda de su nuevo amigo, podría hacer frente a los mellizos con más seguridad. Pero al llegar al sitio, una visión terrible lo esperaba. Evidentemente, algo le había sucedido al espectro, porque la luz se había desvanecido por completo de sus ojos huecos, la resplandeciente cimitarra había caído de su mano y estaba apoyado contra la pared en una postura tensa e incómoda. Se precipitó a tomarlo en sus brazos y entonces, para su horror, la cabeza se desprendió y rodó por el piso, el cuerpo se derrumbó y él se encontró sosteniendo una cortina blanca, un cepillo de piso y una

cuchilla de cocina, mientras una calabaza vaciada yacía a sus pies. Incapaz de comprender esta curiosa transformación, tomó el cartel con mano febril y allí, a la luz gris del amanecer, leyó estas terribles palabras:

EL FANTASMA OTIS
El único genuino y original.
Cuidado con las imitaciones.
Todos los otros son falsos.

Como en un relámpago, lo comprendió todo. ¡Había sido engañado, había caído en una trampa, se habían burlado de él! El viejo gesto de los Canterville volvió a su rostro; apretó los dientes con furia; y alzando sus manos marchitas por encima de su cabeza, juró, con la pintoresca fraseología de la escuela antigua, que cuando el gallo hubiera cantado dos veces su alegre canción, se habrían producido hechos de sangre, y el crimen habría realizado sus hazañas silenciosas.

No bien hubo terminado de pronunciar este tremendo juramento, desde el techo de tejas rojas de una casa lejana cantó un gallo. El fantasma soltó una larga risa grave y amarga, y esperó. Hora tras hora esperó, pero el gallo, por algún extraño motivo, no volvió a cantar. Al fin, a las siete y media, la llegada de las mucamas lo hizo renunciar a su vigilia y volvió a su cuarto, pensando en la vanidad de la esperanza y la frustración de las intenciones. Consultó varios libros de caballerías antiguas, a los que era sumamente adepto, y descubrió que, siempre que se había usado ese juramento, el gallo había cantado por segunda vez.

—¡Que la perdición se lleve al maldito pajarraco! —murmuró—, ¡pues ha asomado el día en que con firme lanza lo atravesaré por el pescuezo y lo haré cantar para mí en la muerte!

Dicho lo cual se retiró a un cómodo ataúd de plomo y se quedó en él hasta la noche.

# 4

Al día siguiente el fantasma estaba muy débil y cansado. La terrible excitación en que había vivido las ultimas cuatro semanas estaba empezando a hacer efecto. Sus nervios estaban completamente destruidos y el menor ruido lo sobresaltaba. Durante cinco días no salió del cuarto y al fin decidió renunciar a la mancha de sangre en el piso de la biblioteca. Si la familia Otis no la quería, era evidente que no se la merecían. No había dudas de que eran seres pertenecientes a un plano bajo y material de existencia, gente por completo incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos extrasensoriales. Otra cuestión eran las apariciones espectrales y el desarrollo de los cuerpos astrales: esto ya no estaba en su poder dejar de hacerlo. Era su deber solemne aparecer en el corredor una vez a la semana y farfullar desde la gran ventana del mirador el primer y tercer miércoles de cada mes, y no veía cómo podría escapar honorablemente a sus obligaciones. Es muy cierto que su vida había sido muy malvada pero, por otro lado, era muy responsable en todas las cosas relacionadas con lo

sobrenatural. En consecuencia, durante los siguientes tres sábados atravesó los pasillos como siempre entre la medianoche y las tres, aunque tomando todos los recaudos para no ser visto ni oído. Se quitaba las botas, pisaba buscando con cuidado los sitios firmes de los viejos pisos de madera comidos por los gusanos, usaba una amplia capa de terciopelo negro y tuvo la precaución de usar el lubricante Sol Naciente para aceitar sus cadenas. Debo reconocer que este último modo de protección lo adoptó con muchísima dificultad. Sin embargo, una noche, mientras la familia estaba cenando, se deslizó al dormitorio del señor Otis y se llevó el frasco. Al principio se sintió un poco humillado, pero después tuvo el sentido común de ver que el invento tenía sus méritos y, hasta cierto punto, le resultaba útil. A pesar de todo, no se salvó de las molestias. Todo el tiempo ataban hilos cruzando el pasillo, sobre los cuales él tropezaba en la oscuridad, y en una ocasión, vestido para el papel de "Isaac el Negro o el Cazador del Bosque Hogley", tuvo una caída grave, por pisar una trampa de mantequilla que habían hecho los mellizos desde la entrada de la Cámara de los Tapices hasta la caja de la vieja escalera de roble. Este último insulto lo enfureció tanto que resolvió hacer un último esfuerzo por afirmar su dignidad y su posición social y decidió visitar a esos insolentes



jóvenes etonianos[16] la noche siguiente en su celebrado personaje del "Frenético Rupert o el Conde sin Cabeza"

Hacía más de setenta años que no aparecía en este disfraz; de hecho, no lo hacía desde que había asustado tanto con él a la bonita señora Barbara Modish que ella había roto súbitamente su compromiso con el abuelo del actual lord Canterville, y había huido a Gretna Green con el apuesto Jack Castleton, declarando que nada en el mundo la induciría a casarse con un miembro de una familia que permitía que un fantasma tan horrible se paseara por la terraza al crepúsculo. El pobre Jack murió después en un duelo con lord Canterville en Wandsworth Common, y la señora Barbara murió con el corazón destrozado en Tunbridge Wells antes de que pasara un año; así que aquella aparición había sido un gran éxito en todos los aspectos. Pero se trataba de una personificación en extremo difícil de lograr en términos de "maquillaje", si es que puedo usar una expresión tan frívola en relación con uno de los más grandes misterios de lo sobrenatural o, para emplear un término más científico, del mundo de la naturaleza superior, y le llevó tres buenas horas hacer los preparativos. Al fin todo estuvo

16 Eton es una localidad inglesa, a orillas del Támesis, famosa por su colegio.

listo y quedó muy complacido con su aspecto. Las grandes botas de montar que iban con el traje le quedaban un poco holgadas y solo pudo encontrar una de las dos pistolas pero, en líneas generales, quedó satisfecho, y a la una y cuarto se deslizó a través del enmaderado y empezó a reptar pasillo abajo. Al llegar al cuarto ocupado por los mellizos, que yo debería haber mencionado antes que se llamaba Cámara del Lecho Azul, en razón del color de sus doseles,[17] encontró la puerta entornada. En el deseo de hacer una entrada efectista, la abrió con violencia y en ese momento le cayó encima una jarra de agua, mojándolo hasta la piel y errándole al hombro izquierdo por un par de centímetros. En el mismo momento oyó los chillidos ahogados de risa procedentes de las camas de cuatro postes. El *shock* en su sistema nervioso fue tan grande que huyó de vuelta a su cuarto tan rápido como pudo y al día siguiente no se pudo levantar, presa de un grave resfrío. Lo único que lo consoló en todo el asunto fue el hecho de que no había llevado la cabeza con él, porque, de haberlo hecho, las consecuencias podrían haber sido muy serias.

17 Son cortinados sostenidos en torno de una cama.





A esta altura renunció a toda esperanza de llegar a asustar nunca a la ruda familia norteamericana y se contentó, como regla general, con deslizarse por los pasillos con pantuflas de fieltro, con una gruesa bufanda roja alrededor del cuello por miedo a las corrientes de aire, y un arcabuz liviano, en caso de que fuera atacado por los mellizos. El golpe final tuvo lugar el 19 de septiembre. Había bajado al gran salón de entrada, seguro de que, al menos, no sería molestado y se divertía haciendo para sí mismo observaciones satíricas sobre las grandes fotografías de Saroni del pastor norteamericano y su esposa, que ahora habían ocupado el lugar de los retratos de la familia Canterville. Estaba vestido de modo simple pero prolijo con un largo sudario manchado con moho de cementerio, se había atado la mandíbula con una cinta de lino amarillo, y llevaba una pequeña linterna y una pala de enterrador De hecho, estaba vestido para el personaje de "Jonás Sin Tumba o el Ladrón de Cadáveres de la Granja Chertsey", una de sus personificaciones más notables, a la que los Cantervilles tenían buenos motivos para recordar, ya que era el origen de la enemistad de la familia con su vecino lord Rufford. Serían las dos y cuarto de la madrugada y, por lo que podía saber, no había nadie despierto en la casa. Pero cuando iba rumbo a la biblioteca, a ver si había quedado



algún rastro de la mancha de sangre, de pronto saltaron hacia él, desde un rincón oscuro, dos figuras, que sacudían locamente los brazos sobre las cabezas y le gritaban "buuu" en la oreja.

Presa del pánico, cosa muy natural dadas las circunstancias, se precipitó hacia la escalera, pero encontró a Washington Otis esperándolo con la gran manguera del jardín; y al verse así cercado por sus enemigos, casi sin escapatoria, se desvaneció dentro de la gran estufa de hierro que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y tuvo que abrirse camino por tubos y chimeneas hasta su cuarto, al que llegó en un terrible estado de suciedad, desorden y desesperación.

Después de esto no se lo volvió a ver en ninguna expedición nocturna. Los mellizos lo esperaron en varias ocasiones y todas las noches sembraban los pasillos con cáscaras de nuez, para gran molestia de sus padres y los criados, pero no les sirvió de nada. Era evidente que los sentimientos del fantasma estaban tan heridos que no aparecería. El señor Otis en consecuencia retomó su magna elaboración de una historia del Partido Demócrata, en la que venía trabajando desde hacía años; la señora Otis organizó una maravillosa comida al aire libre (almejas asadas sobre piedras), que sorprendió a todo el condado; los chicos se dedicaron

al *lacrosse*[18], al *euchre*, al póquer[19] y otros juegos nacionales norteamericanos; y Virginia cabalgó por las praderas en su poni, acompañada por el joven Duque de Cheshire, que había venido a pasar la última semana de sus vacaciones en Canterville Chase. Se daba por sentado, en general, que el fantasma se había marchado y, de hecho, el señor Otis le escribió una carta en ese sentido a lord Canterville, quien, en respuesta, expresó su gran placer por la noticia y le envió sus más sentidas congratulaciones a la digna esposa del pastor

Los Otis, no obstante, se engañaban, pues el fantasma seguía en la casa, y aunque ahora era casi un inválido, no estaba dispuesto en modo alguno a dejar las cosas como estaban, particularmente desde que supo que entre los invitados se encontraba el joven duque de Cheshire, cuyo tío abuelo, lord Francis Stilton, una vez había apostado cien guineas[20] con el coronel Carbury a que jugaría una partida de dados con el fantasma de Canterville, y a la mañana siguiente fue hallado sobre el piso de la sala de juegos en un estado de parálisis tan desesperante que, aunque vivió hasta una alta edad, nunca pudo pronunciar otra cosa que las palabras "Doble Seis"

---

18 Juego de pelota en el que dos equipos de diez jugadores cada uno tratan de hacer entrar una pelota en el arco del adversario, usando unas raquetas de mango largo. Se trata de un juego originario de los indígenas norteamericanos.
19 El *euchre* y el póquer son dos juegos de naipes.
20 Antigua moneda inglesa de oro.



La historia fue muy conocida en su época, aunque, por supuesto, por respeto a los sentimientos de las dos nobles familias, se hizo todo lo posible por ocultarla; y un completo informe de las circunstancias relacionadas con ella puede hallarse en el tercer volumen de la obra *Recuerdos del Príncipe Regente y sus Amigos*, de lord Tattle[21]. El fantasma estaba muy interesado en demostrar que no había perdido su influencia sobre los Stiltons, con los que, en realidad, estaba lejanamente emparentado, ya que una prima hermana se había casado en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, de quien, como todos saben, descienden los duques de Cheshire. En consecuencia hizo planes para aparecérsele al pequeño novio de Virginia en su celebrada personificación de "El Monje Vampiro o el Benedictino Sin Sangre", actuación tan horrible que cuando la vieja señora Startup la vio, una fatal víspera de Año Nuevo de 1764, lanzó los más penetrantes chillidos, que culminaron en una violenta apoplejía y murió en tres días, después de desheredar a los Canterville, sus parientes más cercanos, y dejarle todo su dinero a su farmacéutico de Londres. Pero a último momento el miedo a los mellizos le impidió dejar su cuarto y el pequeño duque durmió en paz bajo el gran dosel plumoso de la Cámara Real, y soñó con Virginia.

---

21 La obra que se menciona es inexistente. El apellido del autor se corresponde con la palabra inglesa *tattle*, que significa "chusmerío".

# 5

Unos pocos días después de esto, Virginia y su rizado pretendiente salieron a cabalgar por los prados de Brockley, donde ella se rasgó el traje de amazona al saltar un cerco y, al volver a casa, decidió subir por la escalera trasera para no ser vista. Cuando pasaba de prisa frente a la Cámara de los Tapices, cuya puerta estaba abierta, creyó ver a alguien dentro y pensando que era la mucama de su madre, que a veces venía aquí con su costura, miró dentro para pedirle que le remendara el traje. Para su inmensa sorpresa, empero, se trataba del fantasma de Canterville en persona. Estaba sentado junto a la ventana, la vista perdida en el aire que doraba los árboles otoñales y en las locas danzas de las hojas rojas a lo largo de la avenida del parque. Tenía la cabeza apoyada en una mano y toda su actitud era de la más extrema depresión. De hecho, se lo veía tan decaído y maltrecho que la pequeña Virginia, cuya primera idea había sido salir corriendo y encerrarse en su cuarto, se sintió llena de piedad y decidió tratar de consolarlo. Tan livianos eran sus pasos y tan profunda la melancolía de él, que no percibió su presencia hasta que ella le habló.





—Lo lamento por usted —le dijo—. Pero mis hermanos volverán a Eton[22] mañana y entonces, si se comporta, nadie lo molestará.

—Es absurdo pedirme que me comporte —respondió él, mirando atónito a la bonita niña que se había aventurado a dirigirle la palabra—, absurdo por entero. Yo debo sacudir mis cadenas, y gemir por las cerraduras y caminar de noche, si a eso te refieres. Es mi única razón de existir

—Eso no es una razón de existir y debe reconocer que se ha portado muy mal. La señora Umney nos dijo, el primer día que llegamos aquí, que usted había matado a su esposa.

—Bueno, eso tengo que admitirlo —dijo el fantasma en tono petulante—, pero fue una cuestión puramente familiar, que no le importa a nadie más.

—Está muy mal matar a alguien —dijo Virginia, que a veces tenía una dulce seriedad puritana, heredada de algún viejo ancestro de la Nueva Inglaterra.

—¡Oh, cómo detesto esa severidad barata de la ética abstracta! Mi esposa era muy fea, nunca me tenía las gorgueras[23] bien planchadas y de cocina no sabía absolutamente nada. Una vez cacé un gamo en el bosque

22 Ver nota 16.

23 Es un adorno en el cuello de la camisa, hecho con tela plegada en forma de hoja de lechuga.

Hogley, con una magnífica cornamenta, ¿y sabes cómo lo presentó en la mesa? En fin, ahora no importa, porque todo eso pasó y no creo que haya sido muy amable de parte de mis cuñados haberme dejado morir de hambre, aunque yo la haya matado.

—¿Lo hicieron morir de hambre? Oh, señor fantasma, quiero decir, Sir Simon, ¿y ahora tiene hambre? Tengo un sándwich en mi escritorio. ¿Lo quiere?

—No, gracias, ahora nunca como nada; pero es muy amable de tu parte, de todos modos. Eres mucho más amable que el resto de tu horrenda, grosera, vulgar y deshonesta familia.

—¡Basta! —exclamó Virginia golpeando el piso con el pie—, es usted el que es grosero y horrendo y vulgar; y en cuanto a deshonestidad, debería confesar que fue usted el que me robó las pinturas de la caja de acuarelas para tratar de reparar esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Primero me usó todos los rojos, incluyendo el bermellón, y no pude pintar más puestas de sol, después me sacó el verde esmeralda y el amarillo de cromo y al fin no me quedó más que el azul índigo y el blanco de China, y solo puedo hacer escenas de claro de luna, que siempre resultan tristes, además de no ser fáciles de pintar Yo nunca lo delaté, aunque me sentí muy molesta, y todo el asunto fue sumamente ridículo, pues ¿quién oyó hablar nunca de sangre verde esmeralda?



—Bueno, la verdad —dijo el fantasma, algo cortado—, ¿qué podía hacer? Hoy día es muy difícil conseguir sangre de verdad y como tu hermano empezó con su detergente Paragon, no vi motivos para no tomar tus pinturas. En cuanto al color, siempre es cuestión de gusto: los Cantervilles tienen sangre azul[24], por ejemplo, la más azul de Inglaterra; pero sé que a ustedes los norteamericanos no les interesan esas cosas.

—Usted no sabe nada sobre nosotros, y lo mejor que podría hacer sería emigrar y aprender Mi padre con mucho gusto le pagará el pasaje y aunque todo lo que sea espirituoso[25] debe pagar fuertes impuestos, no creo que haya dificultades en la Aduana, ya que los funcionarios son todos demócratas. Una vez en Nueva York, estoy segura de que tendrá mucho éxito. Conozco muchísima gente allí que pagaría cien mil dólares por tener un abuelo y mucho más por tener un fantasma familiar

—No creo que me gusten los Estados Unidos.

—Supongo que porque no tenemos ruinas ni reliquias —dijo Virginia con sarcasmo.

24 La expresión "sangre azul", tanto en español como en inglés (*blue blood*), se usa para hablar de la ascendencia noble o real, y para referirse a los miembros de la aristocracia.
25 Wilde utiliza el término "espirituoso" como un juego de palabras: la palabra *spirits*, utilizada en el original, puede significar tanto "espíritus" como "bebidas alcohólicas o espirituosas".

—En efecto: no hay ruinas ni reliquias —respondió el fantasma—. Solo hay barcos y malos modales.

—Buenas noches; iré y le pediré a papá que les conceda una semana extra de vacaciones a los mellizos.

—Por favor no lo haga, señorita Virginia —exclamó él—. Estoy tan solo y tan triste, y en realidad no sé qué hacer Quiero dormir y no puedo.

—¡Eso es absurdo! Simplemente tiene que meterse en la cama y soplar la vela. Lo difícil a veces es quedarse despierto, especialmente en la iglesia, pero para dormir no hay dificultad alguna. Si hasta los bebés saben cómo hacerlo, y eso que no son muy inteligentes.

—Yo no he dormido en trescientos años —dijo él melancólicamente, y los hermosos ojos azules de Virginia se abrieron muy redondos—. Durante trescientos años no he dormido, y estoy tan cansado...

Virginia se puso muy seria y sus pequeños labios temblaron como pétalos de rosa. Fue hacia él y arrodillándose a su lado alzó la vista hacia su viejo rostro marchito:

—Pobre, pobre fantasma —murmuró—. ¿No tiene un lugar donde pueda dormir?

—Muy lejos, más allá del bosque de pinos —respondió él en voz baja y soñadora—, hay un pequeño jardín. Hay pasto alto y espeso, hay grandes estrellas blancas de las flores de abeto, y el ruiseñor canta toda la noche. Toda la noche canta y la fría luna de cristal mira desde lo alto y los tejos extienden sus brazos gigantes sobre los que duermen.

Los ojos de Virginia se nublaron de lágrimas y escondió el rostro en las manos.

—Se refiere al Jardín de la Muerte —susurró.

—Sí, la muerte. La muerte debe de ser tan hermosa. Yacer en la tierna tierra parda, con la hierba ondeando sobre la cabeza y escuchar el silencio. No tener ayer ni mañana. Olvidar el tiempo, olvidar la vida, estar en paz. Tú puedes ayudarme. Tú puedes abrirme los portales de la casa de la muerte, porque el amor siempre está contigo y el amor es más fuerte que la muerte.

Virginia tembló, la recorrió un escalofrío y por unos instantes hubo silencio. Se sentía como en un sueño terrible.

Entonces el fantasma volvió a hablar y su voz sonó como el suspiro del viento.

—¿Has leído la vieja profecía en la vidriera de la biblioteca?

—Oh, muchas veces —exclamó la niña, alzando la vista—. Me la sé de memoria. Está pintada en raras letras negras, y es difícil de leer Son solo seis versos:

Cuando una niña dorada pueda pronunciar
la plegaria que se negó a los labios del pecado,
cuando la almendra estéril dé fruto
y una criatura vierta sus lágrimas,
entonces la casa quedará en silencio
y se hará la paz en Canterville.

Pero no sé lo que significa.

—Significa —dijo él tristemente—, que debes llorar por mis pecados, porque yo no tengo lágrimas, y rezar conmigo por mi alma, porque yo no tengo fe y, entonces, si siempre has sido dulce y buena y amable, el Ángel de la Muerte tendrá piedad de mí. Verás formas temibles en la oscuridad y voces malignas hablarán en tu oído, pero no te harán daño, porque contra la pureza de una niña los poderes del infierno no pueden nada.

Virginia no respondió y el fantasma se restregó las manos en la desesperación mirando su dorada cabecita baja. De pronto ella se puso de pie, muy pálida y con una extraña luz en los ojos.

—No tengo miedo —dijo con firmeza—, y le pediré al Ángel que tenga piedad de usted.

El fantasma se levantó del sillón con un débil grito de alegría y tomando la mano de Virginia se inclinó con gracia anticuada y la besó. Sus dedos eran tan fríos como el hielo y sus labios ardían como el fuego, pero Virginia no se alteró, mientras él la conducía a través del cuarto en penumbras. En el desteñido tapiz verde había bordados pequeños cazadores. Soplaban sus cuernos con borlas y con sus manitos le hacían señas: "¡No vayas, pequeña Virginia!", gritaban, "¡No vayas!", pero el fantasma le aferró la mano con más fuerza y ella cerró los ojos para no verlos. Horribles animales con colas de lagarto y ojos saltones la miraban desde las tallas de la chimenea y murmuraban: "¡Cuidado, pequeña Virginia, cuidado! No te volveremos a ver", pero el fantasma avanzó más rápido y Virginia no escuchó. Cuando llegaron al fondo del cuarto, él se detuvo y murmuró algunas palabras que ella no pudo entender Abrió los ojos y vio que la pared se desvanecía lentamente como una niebla y se abría una gran caverna negra frente a ella. Un cortante viento frío los envolvió y Virginia sintió que algo le tiraba del vestido.

—¡Rápido, rápido! —exclamó el fantasma—, o será demasiado tarde. —Y en un instante el enmaderado se había cerrado tras ellos, y la Cámara de los Tapices quedó vacía.

# 6

Unos diez minutos después sonó la campana para el té y como Virginia no bajó, la señora Otis envió a uno de los lacayos a llamarla. Al cabo de un momento el hombre volvió diciendo que no podía encontrar a la señorita Virginia en ninguna parte. Como la niña tenía la costumbre de salir al jardín todas las tardes a cortar flores para la mesa de la cena, la señora Otis no se alarmó al principio, pero cuando dieron las seis y Virginia no aparecía, se empezó a preocupar y envió a los niños a buscarla, mientras ella y el señor Otis registraban la casa cuarto por cuarto. A las seis y media volvieron los chicos y dijeron que no veían rastros de su hermana en ninguna parte. Ahora toda la familia estaba en el más agudo estado de nerviosismo y no sabían qué hacer, hasta que el señor Otis recordó de pronto que, unos días antes, le había dado permiso a una banda de gitanos para que acamparan en el parque. Partió de inmediato rumbo a la cañada de Blackfell, donde sabía que estaban, acompañado de su hijo mayor y dos

de los peones de granja. El pequeño duque de Cheshire, que estaba frenético por la preocupación, rogó que le permitieran ir también, pero el señor Otis no se lo permitió, ya que temía que pudiera haber violencia. Al llegar al sitio, no obstante, encontró que los gitanos se habían ido y era evidente que su partida había sido más bien repentina, pues el fuego seguía ardiendo y había algunos utensilios tirados en la hierba. Después de enviar a su hijo Washington y a los dos hombres a explorar los alrededores, corrió de vuelta a casa y despachó telegramas a los inspectores de policía del condado, diciéndoles que buscaran a una niña que había sido secuestrada por vagabundos o gitanos. Después mandó ensillar su caballo y, tras insistir en que su esposa y sus tres hijos varones se sentaran a cenar, partió al galope por el camino a Ascot con un criado. No había hecho más de un par de millas cuando oyó que alguien galopaba tras él y, al volverse, vio al pequeño duque que venía en su poni, sin sombrero y con el rostro muy rojo.

—Lo lamento horriblemente, señor Otis —tartamudeó el muchacho—, pero no podría comer la cena mientras Virginia está perdida. Por favor, no se enoje conmigo; si usted nos hubiera dejado comprometer el año pasado, nunca habríamos tenido este problema. ¿No me mandará de vuelta, no? ¡No puedo ir! ¡No iré!



El pastor no pudo contener una sonrisa ante ese lindo joven incorregible y lo conmovió bastante la devoción que mostraba por Virginia, así que inclinándose desde su caballo lo palmeó amablemente en el hombro y le dijo:

—Pues bien, Cecil, si no vuelves, supongo que tendrás que venir conmigo, pero te conseguiré un sombrero en Ascot.

—¡Oh, al diablo con el sombrero! ¡Lo que quiero es a Virginia! —exclamó el pequeño duque, riéndose, y galoparon hasta la estación. Allí el señor Otis le preguntó al jefe de estación si había visto en el andén a alguien que respondiera a la descripción de Virginia; la respuesta fue negativa. No obstante, el jefe de estación telegrafió a lo largo de la línea y le aseguró que se mantendría una estricta vigilancia y después de comprarle un sombrero al pequeño Duque en una tienda que estaba cerrando, el señor Otis cabalgó hasta Bexley, una aldea a cuatro millas de distancia, de la que sabía que era un habitual refugio de gitanos, ya que había un gran prado comunal. Aquí se reunieron con el policía de la zona, pero este hombre tampoco pudo darles ninguna información, y después de cruzar el prado dirigieron sus cabalgaduras de regreso a casa y llegaron a Canterville hacia las once de la noche, rendidos de cansancio y casi angustiados. Washington y

los mellizos los esperaban en la entrada del parque con linternas, ya que la avenida estaba muy oscura. No se había descubierto el menor rastro de Virginia. A los gitanos los habían encontrado en la pradera de Broxley, pero no tenían a Virginia con ellos y explicaron lo súbito de su partida diciendo que se habían confundido respecto de la fecha de la feria de Chorton y habían salido con la mayor prisa por temor a llegar tarde. De hecho, se mostraron muy preocupados al enterarse de la desaparición de Virginia, ya que estaban muy agradecidos con el señor Otis por haberles permitido acampar en su parque, y cuatro de ellos se quedaron para ayudar en la búsqueda. Se había dragado el estanque de carpas y vuelto a revisar meticulosamente toda la casa y el parque, sin ningún resultado. Era evidente que, por esa noche al menos, Virginia estaba perdida; y fue en un estado de la más profunda depresión que el señor Otis y sus hijos caminaron hacia la casa, con el criado siguiéndolos con los dos caballos y el poni. En el vestíbulo encontraron un grupo de sirvientes asustados y tendida en un sofá en la biblioteca estaba la pobre señora Otis, fuera de sí por el terror y la preocupación, mientras la vieja ama de llaves le humedecía la frente con agua de colonia. El señor Otis insistió de inmediato en comer algo y ordenó la cena para todos. Fue una comida melancólica, ya que casi nadie



habló y hasta los mellizos se mostraban mansos y aterrados, pues querían mucho a su hermana. Cuando terminaron, el señor Otis, pese a los ruegos del pequeño duque, mandó a todo el mundo a la cama, diciendo que esa noche no se podía hacer nada más y que a la mañana telegrafiaría a Scotland Yard[26] pidiendo que enviaran de inmediato detectives. En el momento en que salían del comedor, el reloj de la sala empezó a dar la medianoche, y cuando sonó la última campanada oyeron un estrépito y un grito agudo; un terrible retumbar de trueno sacudió la casa, un hilo de música ultraterrena flotó en el aire, un panel del enmaderado en lo alto de la escalera saltó con un fuerte ruido y por el agujero salió Virginia al descanso, muy pálida y blanca, con un cofrecito en la mano. Todos subieron corriendo hacia ella. La señora Otis la abrazó apasionadamente, el duque la sofocó a besos y los mellizos ejecutaron una danza guerrera alrededor del grupo.

—¡Por Dios, niña! ¿Dónde has estado? —dijo el señor Otis con cierta irritación, pensando que su hija les había jugado alguna especie de broma—. Cecil y yo hemos corrido por toda la región buscándote, tu madre estaba muerta de preocupación. Nunca más debes hacerle bromas a nadie.

26 Es la famosa policía londinense. Se creó en 1829, como parte de una serie de cambios que ocurrieron en las ciudades durante la Revolución Industrial.

—¡Salvó al fantasma! ¡Salvó al fantasma! —gritaron los mellizos, que no dejaban de hacer cabriolas.

—Mi querida, gracias a Dios estás con nosotros. Nunca más debes apartarte de mi lado —murmuraba la señora Otis, mientras besaba a su hija trémula y le acariciaba la masa dorada de cabellos.

—Papá —dijo Virginia en voz baja—, estuve con el fantasma. Está muerto y debes venir a verlo. Fue un hombre muy malo, pero lamentaba de veras todo lo que hizo y me dio esta caja de hermosas joyas antes de morir

Toda la familia la contemplaba con mudo asombro, pero ella seguía muy seria; y, volviéndose, los condujo a través de la abertura de la pared por un estrecho corredor secreto; Washington la seguía con la vela, que había tomado de la mesa. Al fin llegaron a una gran puerta de roble, provista de clavos herrumbrados. Cuando Virginia la tocó, giró sobre sus pesadas bisagras, y se encontraron en un pequeño cuarto bajo, de techo abovedado y una diminuta ventana enrejada. Incrustado en la pared había un enorme anillo de hierro y encadenado a él un esqueleto, tendido en el piso de piedra: con sus largos dedos sin carne parecía tratar de llegar a un plato y una jarra, colocados más allá de su alcance. La jarra evidentemente había estado llena de agua, ya que su interior lo cubría un moho verde.



En el plato no había más que una pila de polvo. Virginia se arrodilló junto al esqueleto y tomándose las manos empezó a rezar en silencio, mientras el resto del grupo contemplaba la terrible tragedia cuyo secreto ahora se les revelaba.

—¡Miren! —exclamó de pronto uno de los mellizos, que había estado mirando por la ventana para descubrir en qué sector de la casa estaba situado ese cuarto—. ¡Miren! El viejo almendro seco ha florecido. Se ven las flores a la luz de la luna.

—Dios lo ha perdonado —dijo Virginia gravemente, poniéndose de pie, y una hermosa luz pareció iluminar su rostro.

—¡Qué ángel eres! —exclamó el joven duque, y la abrazó y la besó.

# 7

Cuatro días después de estos curiosos incidentes partió un funeral desde Canterville Chase a eso de las once de la noche. El coche fúnebre era tirado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba en la cabeza un gran penacho de plumas de avestruz que se balanceaban, y el féretro de plomo estaba cubierto de un rico paño mortuorio violeta, en el que estaban bordadas en oro las armas de los Canterville. Al costado del coche fúnebre y los coches de los deudos caminaban los criados con antorchas, y toda la procesión era maravillosamente impresionante. Lord Canterville era el deudo principal: había venido especialmente desde Gales para asistir al funeral e iba sentado en el primer coche junto con la pequeña Virginia. Después venían el Pastor de los Estados Unidos y su esposa, después Washington y los tres chicos, y en el último coche iba la señora Umney. Hubo acuerdo en que esta señora, después de haber sido asustada durante más de cincuenta años de su

vida por el fantasma, tenía derecho a presenciar su fin. Se había hecho cavar una profunda fosa en el rincón del cementerio, debajo del viejo tejo, y el servicio fue leído del modo más impresionante por el reverendo Augustus Dampier Cuando la ceremonia hubo terminado, los criados, de acuerdo a la vieja costumbre observada en la familia Canterville, extinguieron la llama de sus antorchas y cuando el féretro era bajado a la fosa, Virginia se adelantó y colocó sobre él una gran cruz hecha de flores de almendro blancas y rosas. En ese momento, la luna asomó de atrás de una nube y bañó con su silenciosa plata el pequeño cementerio, y desde un matorral lejano un ruiseñor empezó a cantar Virginia pensó en la descripción que había hecho el fantasma del Jardín de la Muerte y sus ojos se nublaron de lágrimas; apenas si pronunció una palabra en el trayecto de regreso.

A la mañana siguiente, antes de que lord Canterville se marchara, el señor Otis tuvo una conversación con él respecto de las joyas que el fantasma le había dado a Virginia. Eran perfectamente magníficas, en especial cierto collar de rubíes con vieja engarzadura veneciana, espécimen soberbio de la orfebrería del siglo XVI y de un valor tan grande que el señor Otis sentía considerables escrúpulos respecto de que su hija lo aceptara.





—Milord —dijo—, sé que en este país se aplican las mismas leyes de la herencia a la propiedad inmueble como a la mueble, y me resulta por completo evidente que estas joyas son, o deberían haber sido, herencia de su familia. En consecuencia, debo pedirle que se las lleve con usted a Londres y las considere simplemente como una parte de su propiedad que le ha sido restaurada bajo determinadas condiciones extrañas. En cuanto a mi hija, es apenas una niña y, por el momento, me alegra poder decirlo, tiene muy poco interés en esas manifestaciones del lujo ocioso. Asimismo me ha informado la señora Otis quien, debo decirlo, no es mala autoridad en materia artística (ya que tuvo el privilegio de pasar varios inviernos en Boston en su juventud) que estas gemas son de un gran valor monetario y si se las ofreciera en venta podrían obtener altos precios. Bajo estas circunstancias, lord Canterville, me siento seguro de que usted reconocerá qué imposible sería para mí permitir que siguieran en posesión de un miembro de mi familia; y, de hecho, todos esos vanos juguetes y adornos, por convenientes o necesarios que sean a la dignidad de la aristocracia británica, estarían completamente fuera de lugar entre quienes han sido educados bajo los severos, y yo diría inmortales, principios de la simplicidad republicana. Quizás debería mencionar que Virginia está muy



interesada en que usted le permita conservar el estuche como recuerdo de su infortunado pero descarriado ancestro. Como es un objeto extremadamente viejo, y en consecuencia bastante inútil, usted quizás encontrará posible complacerla. Por mi parte, confieso que estoy bastante sorprendido de encontrar que una hija mía expresa simpatía con cualquier forma de medievalismo y solo puedo explicarlo por el hecho de que Virginia nació en uno de los suburbios de su ciudad de Londres poco después de que la señora Otis regresara de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó muy gravemente el discurso del digno pastor, tirándose de vez en cuando de su bigote gris para ocultar una sonrisa involuntaria, y cuando el señor Otis hubo terminado, le estrechó cordialmente la mano y dijo:

—Mi querido señor, su encantadora hijita le prestó a mi desdichado ancestro, Sir Simon, un servicio muy importante, y yo y mi familia estamos en deuda con ella por su maravilloso valor y resolución. Las joyas son de ella; es más, creo que si yo tuviera la crueldad de quitárselas, el malvado viejo saldría de su tumba dentro de quince días y me volvería la vida un infierno. En cuanto a que sean herencia, nada es herencia si no está mencionado en un testamento o documento legal, y la existencia de estas joyas ha sido por completo

desconocida hasta ahora. Le aseguro que yo no tengo más derecho a ellas que su mayordomo, y cuando la señorita Virginia crezca, estoy seguro de que le gustará tener cosas bonitas que ponerse. Además, señor Otis, olvida que usted compró todo el mobiliario y el fantasma junto con la propiedad, y cualquier cosa que perteneciera al fantasma pasó en ese momento a su posesión ya que por más actividad que haya mostrado Sir Simon en los pasillos por la noche, legalmente estaba muerto y usted adquirió su propiedad.

El señor Otis quedó bastante preocupado por el rechazo de lord Canterville, y le rogó que reconsiderara su decisión, pero el amable aristócrata se mostró muy firme, y al fin convenció al pastor de que le permitiera a su hija conservar el regalo que le había hecho el fantasma, y cuando, en la primavera de 1890, la joven duquesa de Cheshire fue presentada a la Reina en ocasión de su matrimonio, sus joyas fueron motivo universal de admiración. Porque Virginia recibió un título nobiliario, que es el premio que reciben todas las chicas norteamericanas que han sido buenas, y se casó con su joven enamorado no bien él llegó a la mayoría de edad. Los dos eran tan encantadores y se querían tanto, que todo el mundo se mostró feliz con la boda, salvo la vieja marquesa de Dumbleton, que había tratado de atrapar al duque para una de sus siete hijas



solteras, y había dado nada menos que tres costosas cenas con ese fin; el otro descontento, por extraño que parezca, fue el señor Otis. Personalmente el señor Otis sentía el mayor cariño por el joven duque, pero teóricamente tenía objeciones a los títulos nobiliarios y, para usar sus propias palabras, "no carecía de temores de que, en medio de las influencias enervantes de una aristocracia amiga de los placeres, los principios genuinos de la simplicidad republicana quedaran olvidados" Pero sus objeciones fueron totalmente superadas al fin, y creo que cuando caminó por el centro de la nave de San Jorge, en Hanover Square, con su hija del brazo, no hubo un hombre más orgulloso en todo lo ancho y largo de Inglaterra.

El duque y la duquesa, una vez que terminó su luna de miel, fueron a Canterville Chase, y el día después de su llegada caminaron por la tarde hasta el solitario cementerio más allá del bosque de pinos. Había habido vacilaciones respecto de la inscripción de la lápida de Sir Simon, pero al fin se había decidido grabar en ella simplemente las iniciales del viejo caballero y la estrofa de la ventana de la biblioteca. La duquesa había traído unas hermosas rosas, que depositó sobre la tumba, y después de permanecer junto a ella un momento entraron al ruinoso presbiterio de la vieja abadía. Allí la duquesa se sentó en una columna caída, mientras su

marido se tendía a sus pies fumando un cigarrillo y mirando sus hermosos ojos. De pronto él arrojó el cigarrillo, la tomó por la mano y le dijo:

—Virginia, una esposa no debe tener secretos con su marido.

—¡Mi querido Cecil! Yo no tengo ningún secreto contigo.

—Sí que lo tienes —respondió él sonriendo—. Nunca me dijiste qué te pasó cuando quedaste encerrada con el fantasma.

—Nunca se lo he dicho a nadie, Cecil —dijo Virginia con gesto grave.

—Lo sé, pero debes decírmelo.

—Por favor, no me lo pidas, Cecil, porque no puedo decírtelo. ¡Pobre Sir Simon! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, de veras es así. Él me hizo ver lo que es la vida y lo que significa la muerte, y por qué el amor es más fuerte que ambos.

El duque se levantó y besó a su esposa con ternura.

—Puedes conservar tu secreto, mientras yo sea el dueño de tu corazón —murmuró.

—Mi corazón siempre lo has tenido, Cecil.

—Y se lo dirás a nuestros hijos algún día, ¿no es verdad?

Virginia se ruborizó.



# ÍNDICE

1 .......... 5
2 .......... 15
3 .......... 21
4 .......... 33
5 .......... 43
6 .......... 53
7 .......... 61

7

i autor internacional

Oscar Wilde

# El fantasma de Canterville

En esta historia de caserones encantados, llena de humor y aventura, Wilde logra una acertada parodia de los relatos de fantasmas. El conflicto se centra en la oposición entre la visión práctica de una familia de ricos norteamericanos y el espíritu europeo, lleno de resonancias de la Edad Media. ¿Logrará el fantasma asustar a los nuevos dueños de la mansión Canterville?

Cód. 46472






Estrada
www.editorialestrada.com.ar